

NECESITAMOS LA FAMILIA

Queridos diocesanos:

Escribió Pascal que el hombre era el ser más noble de la naturaleza, porque era capaz de pensar, pero también el más débil, porque cualquier cosa bastaba para matarlo (Pensamientos, 347). En verdad, los seres humanos somos tremendamente frágiles y vulnerables. Un bebé es una de las criaturas más indefensas del mundo y necesita multitud de cuidados para poder desarrollarse. Pero, de modo particular, necesita el calor y apoyo de una familia, porque sólo en un ambiente de total gratuidad, puede el ser humano crecer como persona y desarrollar todas sus cualidades. Necesitamos ser amados sin condiciones para crecer como seres libres, que son capaces así mismo de donarse a los demás.

El mismo Hijo de Dios en su encarnación experimentó la fragilidad de ser hombre. Dios se hizo un niño que creció y se hizo fuerte en el seno de un hogar. María no es sólo la madre de Jesús, sino también “la que educó a Dios” (J. Galot). Y lo mismo se puede decir de José, que “fue el primer educador de Jesús niño y adolescente” (Papa Francisco, Admirabile signum, 7). Ambos tuvieron la misión de educar a Jesús, el Hijo de Dios. San Lucas dice que “estaba sujeto a ellos” y que, con su guía, “Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres” (2, 52). Junto a María y José, Jesús fue creciendo físicamente (en estatura), espiritualmente (en sabiduría) y en la vida de fe (en gracia).

Por eso, cuando los cristianos defendemos a la familia, no lo hacemos porque nos empeñemos en mantener una institución que muchos consideran caduca, sino porque advertimos que sin ella el ser humano no puede crecer y desarrollar todas sus potencialidades. Ella es sobre todo “íntima comunidad de vida y amor” (GS 48), como subrayó el Concilio. Es comunidad que genera vida y que encuentra su fundamento más sólido en el amor.

Son muchas las tentaciones a las que tiene que enfrentarse la familia en nuestros días. La principal es la superficialidad, es decir, el cimentar la vida familiar sobre la arena de los intereses individuales y los egoísmos particulares. Por eso San Pablo decía a los cristianos de Colosas que tenían que llenarse de “misericordia entrañable, bondad, humildad, dulzura, comprensión” (3, 12). Añadía que debían perdonar siempre, como Cristo había hecho con ellos (bien sabemos que el perdón es pieza clave en la familia). Y terminaba diciendo: “Por encima de todo esto, el amor, que es el vínculo de la unidad perfecta” (3, 14).

El Papa Francisco, en el capítulo segundo de “Amoris Laetitia”, expone otras dificultades que amenazan a las familias como el individualismo exasperado, el ritmo de vida actual, la huida del compromiso o el subjetivismo. Y añade: “los cristianos no podemos renunciar a proponer el matrimonio con el fin de no contradecir la sensibilidad actual, para estar a la moda, o por sentimientos de inferioridad frente al descalabro moral y humano. Estaríamos privando al mundo de los valores que podemos y debemos aportar” (n. 35). Tenemos, por ello, la responsabilidad de presentar la verdad sobre el amor, el matrimonio y la familia. Pero, cuidado, hay que hacerlo con mucha humildad y de modo positivo y acogedor, huyendo de descalificaciones y reacciones a la defensiva.